

EL BASTÓN
Fernando Martín Aduriz

Bueno, ya saben, desapareció el bastón. Mejor dicho, alguien se llevó el bastón de la nueva escultura instalada en el Parque de El Salón. Este episodio hace serie lógica con la pluma del arquitecto, la comba de la niña o las palomas de la Plaza de Cervantes, todos ellos pequeños objetos de alto valor simbólico y desprendidos de su conjunto escultórico, de las bellas formaciones que forman parte ya del paisaje palentino más querido.

¿Dónde encontramos la lógica de esta serie? Se ve que son aditamentos que sobresalen de una figura; instrumentos que completan. Sustraídos dan otra dimensión al objeto: ven a la clara la falta en que se han convertido. Esta lógica es aplastante, y la podemos extrapolar a otros muchos fenómenos tanto de la vida psicológica como social o política. Y es tal la fuerza de este empuje que oponerse decididamente a ello es muy difícil. Esto se observa no sólo en la acción, sino en las reacciones que suscita este fenómeno: hemos visto en TV a vecinos palentinos indignados con este asunto. Se veía que era algo que les tocaba en un punto personal muy sensible: a las personas mayores la sustracción de un bastón como elemento simbólico, representativo de lo entrañable sino como elemento real que sirve para un apoyo físico. Su reacción incluía una receta de lo que habría que hacer con el “listo”, la “lista” o los “listos” o “las listas” que hubieran ejecutado la “valiente” acción. La cárcel era el destino que se pedía para el autor o autora. ¡La cárcel! Y todo tipo de castigos. Es decir, conductismo tipo *Naranja mecánica*, película que conviene no olvidar cuando se trata de hablar de modificación de conducta y de castigos.

Acción y reacción, pues, se dan la mano: la espiral de violencia siempre empieza así. Unos utilizan a los otros para nominarse: en Francia se ha visto muy bien cómo un ministro puso en bandeja a todo un colectivo el nombre que merecían, escoria, y ellos decidieron ajustarse a esa nominación y quemar todo para producir el resto, la escoria.

El episodio del bastón da para mucho como vemos. Se puede clasificar también dentro de la colección palentina de destrozos en el mobiliario urbano, pero que puede formar parte de otras colecciones, o si se quiere tiene otras lecturas.

Que hay quien encuentra un goce elevado en destrozar todo lo que aparece en la vía pública. Que este goce va más allá de un placer y una satisfacción, y es ineducable, no es el resultado del fracaso de un sistema educativo, sino la evidencia de que no todo es educable en el ser humano, que hay restos, imposibles, cuotas de minorías que hay que asumir y que son eternas y atemporales, cuotas históricas como nos enseña la hemeroteca del *Palentino*. Que en nuestra época, los adultos han *cedido* la noche a los jóvenes –la noche de los fines de semana, pero *toda* la noche, no unas horas- ha sido paulatino, en Palencia y en todas las ciudades, y que esa cesión tiene sus consecuencias. Que hay quien destroza mobiliario y hay quien quema mendigas, como en Barcelona, o coches como en París. Que el atentado a las figuras emblemáticas de las calles y plazas palentinas ha obtenido una respuesta ciudadana ejemplar pues ahí siguen, cada vez más y más bellas y repuestas cuando han sufrido un ataque. Y que frente al reducto de la barbarie, individual o grupal, no hay que retroceder cuando la inmensa masa de los vecinos aprueban esta serie de figuras que les representan en tanto símbolos: las personas mayores del Parque de El Salón son ya parte del legado que dejaremos a los jóvenes de este siglo.

Lo que no sabe quien se llevó el bastón, es que aún permanece allí, los símbolos no son la cosa, y alguien tarde o temprano se lo va a mostrar: volverá un nuevo bastón. Y será *el bastón*.